



VICIOS MENUDOS.

EL CAFÉ.

La espiritual y rica bebida llamada *café*, es un mito para los que tanto y tanto daño sacamos del café.

Mito, porque de todo suele tomarse en los establecimientos públicos y privados, donde las gentes se reúnen, menos café; porque huele, se saborea, lo palpamos, lo gustamos, nos sabe á lo que hemos dado en llamar así; y sin embargo, no es café.

Prescindiendo, pues, de lo que se toma, que en general suele ser por completo inofensivo, dejando á un lado la excusa, veamos el daño, el verdadero vicio del café.

El café ha venido á satisfacer una tendencia genuinamente española, que reduce los días á momentos, los años á temporadas, y los siglos á cosa despreciable y baladí: á dar gusto á la fatal inclinación que tenemos á «matar el tiempo.»

El tiempo muere, en efecto, á manos del *café*.

La guadaña del tiempo se mella, es impotente ante la mesa, donde en unas cuantas vasijas, se bebe una infusión cualquiera azucarada, y en

torno á la cual se sientan varios amigos. La taza de café reduce á la nada al imponente movimiento del reloj de arena. Nuestros relojes palpitan en el bolsillo, sobre el corazon tal vez; y el corazon ante esos incesantes aldabazos del tiempo, contesta:—«¡A otra puerta!»

El café tiene todos los caractéres del vicio, y principalmente el de convertir al hombre en un monomaniático.

De cien hombres, cincuenta no se olvidan de que deben dedicar ocho horas diarias al trabajo; noventa y ocho tampoco se olvidan de que tienen que pasar cuatro ó seis horas en el café.

De un duro que un hombre gane, podrá dedicarse diez y ocho reales á varios gastos indeterminados; pero dos han de retenerse de fijo todos los dias para el café; aunque no almuerce, aunque deba á todo el vecindario, aunque vaya con el calzado hecho pedazos.

El café es ladron por dos conceptos: roba el tiempo y el dinero; es decir, lo roba todo. Más víctimas causa la modesta taza diaria, más proyectos y más buenos propósitos malogra, más actividad é inteligencia inutiliza, que cualquiera de los otros vicios hondamente arraigados.

Tiene una gran base, un fundamento incomparable: el de fortificar y sostener en el mundo moderno las relaciones entre los amigos y vecinos; y bajo este punto de vista, su planteamiento ha sido civilizador, humanitario, grande, y digno del aplauso de las gentes; pero, ¡cuán fácilmente nos dejamos arrastrar por el instinto del

mal que nos hace convertir la hora benéfica de café en las horas perdidas del vicio! El café es una vaca mansa, á cuyos pechos se nutren y sostienen toda clase de fieras y alimañas. Ella ampara y oculta bajo su pecho, mónstruos tan horrendos como la holgazanería, la murmuracion vil, y el juego.

Pensando solo en que es una monomanía, véñse á todas las clases de la sociedad en Madrid, invadir los establecimientos con una devocion y un entusiasmo dignos de mejor causa. Ir al café es hoy tan necesario como lavarse la cara. Aquel dinero y aquel tiempo que se gastan, harán falta precisa para sagradas obligaciones tal vez, pero la inclinacion y la costumbre son irresistibles; hay que rendir culto al capricho, á pesar de todos los pesares. A la oficina, á la tienda, al cuartel, á la universidad, al taller, á donde quiera que haya que cumplir una obligacion, se vá con trabajo, cuesta arriba, escatimando el tiempo; al café, en cambio, se vá con vocacion verdadera, con febril deseo, sin esperar á que el postre concluya, sin calcular, porque no importa, el tiempo que allí se vá á aniquilar.

La juventud, sobre todo la estudiantina, entretiene en el café las tres cuartas partes del tiempo que dura su carrera; la otra cuarta parte se ocupa en el sueño, en el paseo, en la mesa y en la universidad. Cuando la conciencia del estudiante le acusa en sus eternas horas de tertulia y de billar ó dominó, acude á la memoria el recurso consolador de lo que puede hacerse en el mes

de Mayo. Y la conciencia queda tan satisfecha. Es verdad que son conciencias en infusión, que al fin y al cabo hacen hombres del foro, de la medicina y de la cátedra, cuyas conciencias no valen ni aprovechan lo que una taza de café.

El café es la providencia del vago. Un vago sentado en torno á una mesa, oyendo cualquiera insípida conversacion, se cree legítima y honestamente ocupado. Esta especie, macerada y curada á fuerza de cocimientos de achicoria, es la polilla de los pueblos. El café tiene sus infusorios; animales sin músculos para el trabajo, sin órganos para el movimiento, sin nervios y sin sangre, que tienen la forma de un hombre, que fuman, que viven de gorra, que están llenos de deberes pecuniarios, y que vejetan en todos los pueblos, royendo la piel del prógimo.

El café es la celda de muchos infelices trapenses sin hábitos; de esos pobres sin amigos y sin protectores, sin goces y sin esperanzas, que aburridos de la monotonía y tristeza de la prosáica existencia que arrastran en las grandes ciudades, guardan, á fuerza de maravillosos é indescriptibles sacrificios, los dos reales diarios que el café cuesta. Único y sublime remedio de su negra existencia, reúne él solo todos los placeres y comodidades de que disfruta un hombre durante años y años de insufrible monotonía. Ni el teatro, ni los bailes, ni los conciertos, son para él distracciones positivas; no le es dado asistir á las grandes ni á las pequeñas reuniones del mundo; le es poco ménos que imposible el trato con las muje-

res, y... solo el rincón del café, aquel lugar querido es su observatorio, su banquete, su placer y su mundo.

Conoce á todos de vista, á nadie trata; lee el periódico que le trae el mozo, apreciando con la misma indiferencia las dichas que las desdichas que pintan las letras de molde; toma á sosegados sorbos su café, suspirando á cada trago por lo caros que le cuestan; adora con la mente á todas las hermosuras que pueblan el establecimiento; desprecia los hombres, fuma, cavila y pasa revista á todo el mundo, y se va satisfecho; porque habiendo tomado café aun le queda un rasgo de su pasada grandeza, y ya ha cumplido con la más ineludible necesidad que le impone y que le impondrá su vida cuando esté en candelero.

El café es la cátedra de las prácticas parlamentarias; no hay día en que no se ponga á discusión alguna idea nueva. Allí se hace el orador, se aprenden los resortes y efectos de la dialéctica; se estudia la letra menuda de las gentes; se forman las oposiciones y las creencias de los hombres, y se derriban ó se ensalzan los dioses. Parece que nó, y la inmensa mayoría de los conocimientos que vagan por la mollera de la multitud se han adquirido en el café.

Allí se dá rienda suelta á la lengua; se hace justicia ajusticiando á los ausentes; se trata y codea á las notabilidades reduciéndolas á la ínfima condición de conocidos, y se advierte la profundidad y valer de muchas personas oscuras, que á pesar de aparecer como eminencias cuando

se tratan, no se oye jamás que el mundo se dé cuenta de su existencia.

Y en fin, así como cuando uno ya ha tomado su café se encuentra al poco rato con que ningun rastro, ni ningun bien, ni utilidad alguna ha quedado en su cuerpo; así cuando han trascurrido diez ó doce años de café se ve que con ellos no hemos contribuido en nada á llenar el inmenso vacío de nuestra alma. Hemos perdido una actividad preciosa que pudiera brindarnos grandes beneficios en el momento actual, á haberla utilizado en cualquiera ocupacion util, por trivial que nos parezca. Y menos mal si solo nos contrista ese vacío sin el cortejo de otras penas; ménos mal si en tantas horas perdidas para el bien, no hemos hundido nuestra fortuna, ó no hemos contraído indignos compromisos, ó no se ha multiplicado el caudal de nuestros vicios.

No nos deis café en casa; no lo queremos, no sabe á nada; pero huyamos en el café de la dulce holgazanería; no apartemos la vista del reloj, porque como se pasa una hora se pasan veinte años, y si ante la taza, la copa y los cigarros nos sorprende cierta edad sin haber hecho nada de bueno, seremos siempre unos miserables, por casualidad vestidos de señorito; unos seres despreciables á quienes nuestros con ciudadanos contemplarán y considerarán como á parias del siglo, atados á la denigrante cadena de la inutilidad.

LA POLÍTICA.

Si fuera verdad la secular y ridícula teoría de que unos hombres nacen para gobernar y otros para ser gobernados, sería un vicio el que estos se ocupasen de política por el solo hecho de meterse en lo que no les importa.

Y si, como es natural y de derecho, todos nacemos con el deber de tomar parte en la administración y gobierno del pueblo, al que todos pertenecemos y en el que todos contribuimos, la política es un gran vicio cuando nos dedicamos á ella sin la preparación suficiente, y solo por el afán de la pasión y de la bandería; porque vicio, y muy grande, es el de hacer uso de un derecho ó el de cumplir un deber, cuando estamos incapacitados por nuestro abandono para verificarlo.

La teoría que divide á los hombres en aptos é ineptos para entender en la cosa pública, supone á estos últimos menores de edad y de razón, y no es lo extraño que haya personas que así lo acuerden y sostengan, sino que existan tantas y tantas gentes que se conformen, y que no se crean

rebajadas con pertenecer á la segunda categoría. Tal conformidad y tal rebajamiento, hijos de las prácticas de los pasados siglos, durarán aun mucho tiempo. Los que están comprendidos en ella creen de veras que el ocuparse de política es cosa baladí, y verdadero vicio. Los que sostienen la division indicada entienden que solo ellos pueden sin ser viciosos ser políticos.

Comprendo que á los que se les niega el derecho de ocuparse de la administracion y del gobierno del país, se les exima del pago de los tributos en absoluto; pero no comprendo que los que los que pagan renuncien en absoluto tambien al cuidado de sus intereses. Porque la política no es más que la manera de cuidar del mejor modo posible de los intereses materiales y morales de un pueblo.

Querer abrogarse unos cuantos, ese cuidado es un absurdo.

Negarse á tomar parte en él es un suicidio.

La religion nos enseña á administrar nuestra alma.

La higiene y la enseñanza doméstica á cuidar de nuestro cuerpo.

Las profesiones nos dan los recursos para ganar de comer.

La economia privada nos instruye en la administracion del dinero que destinamos á la familia.

La política nos enseña el modo de administrar el dinero y la inteligencia que destinamos á la nacion, es decir, á la familia de todo el país.

No se concibe un hombre sin religion alguna; no se comprende un hombre que no atienda al cuidado y sostenimiento de su salud; no es digno un hombre que no gane de comer por medio de alguna profesion; no tiene consideracion alguna quien no se cuida de administrar su casa; y sin embargo, se cree por muchísimas gentes que el hombre no debe entender en la administracion y cuidado de la gran familia nacional de que forma parte; que no es lícito abandonar aquellos cuidados, y que es lícito abandonar este.

Todo hombre sensato, rico ó pobre, sábio ó vulgar, es sacerdote de su conciencia, médico de su cuerpo, obrero de su casa, y guardador de su dinero; y ¿es posible que se niegue á ser uno de los cooperadores de la buena administracion de los intereses morales y materiales del país?

Cuando la conciencia enferma, se busca al cura.

Cuando enferma el cuerpo, se llama al médico.

Cuando enferma la actividad, se pide limosna.

Cuando enferma la bolsa, se acude al acreedor.

Todos estos elementos sociales no son más que lazarillos ó cirineos que nos ayudan cuando la enfermedad del alma, del cuerpo, del trabajo ó del dinero nos rinden; pero que no nos hacen falta cuando estos componentes de nuestra vida gozan de salud. Ahora bien; el hombre de gobierno que niega á los demás el derecho de entender en la cosa pública, es un Cirineo que constantemente se encarga de ayudarnos; luego cons-

tantemente estamos enfermos, imposibilitados, en el grave asunto del público gobierno y administracion, lo cual no dejaria de ser un horrible y desgraciado castigo, si fuera verdad.

Es decir que, segun la teoría de los capaces é incapaces, servimos, estamos sanos para cuidar-nos en materias tan árduas como el espíritu, el organismo, la actividad y los intereses, y no servimos: estamos enfermos, para tomar la parte que nos corresponda en el cuidado del bien general. ¡Peregrina teoría explotada al través de los tiempos para provecho particular y para castigo y deshonra de la generalidad, por los más fuertes ó por los más atrevidos!

Para llegar á ser cura, médico, protector ó prestamista, se exige tener una carrera ó una profesion que hayan dado ciencia ó dinero; para llegar á ser gobernante, ¿qué se exige en general? La mayor parte de los que han dirigido la cosa pública, han estado tan á oscuras, como esos incapaces á quienes se niega la facultad de tomar parte en ella. La mayor parte de los que mangonean en los altos centros y en los pequeños círculos llamados departamentos ó provincias, no saben de la ciencia política más que la ciencia de mejorar de posicion.

¿Se ha enseñado la ciencia política como se enseñan la religion, la higiene privada, los oficios y profesiones y la economia familiar? No. ¿Por qué? Porque no lo han permitido los hijos mimados de la fortuna, que en alas del poder material, del atrevimiento ó de la supersticion se han

elevado sobre los demás, en la idea de que si en esa ciencia se propagara, no sería el gobierno patrimonio exclusivo de los fuertes, de los atrevidos ó de los sofistas. ¿Es este un gran mal? Sí; pero no lo es tanto como el que los contribuyentes se hayan conformado con la prohibición de esa enseñanza, origen y causa única del rebajamiento y atraso de las naciones.

El egoísmo de los capaces y la apatía de los incapaces, ha dado lugar, pues, á que lo que se llama política sea un vicio; vicio de lesa humanidad que consiste en ser los primeros en despojar á los segundos de sus derechos; y en estos en abandonar en manos de aquellos gran parte del producto de su trabajo, y la dirección de la individualidad.

Mas para los que creen que no estamos enfermos é imposibilitados para el cuidado y administración de tan sagrados intereses, que no necesitamos lazarillos improvisados, es de absoluta necesidad la enseñanza constante de la ciencia política.

Entre los que eso creen, unos la estudian constantemente, desde jóvenes, todos los días, y si hablan y se ocupan de política, cumplen con un deber; otros, siguiendo la rutina de los tradicionalistas, creen que esa ciencia se improvisa al recibir el nombramiento ó el cargo público, y cuando hacen política se entregan á un despreciable vicio; que harto vicio es el pretender tomar parte en la cosa pública y no prepararse, ni tener otros méritos para ello, que un egoísmo miserable

y una ambición á toda prueba. Estos y no otros son los que con sus exageraciones y disparates, dan la razón á los sostenedores de la división social que quedan descritos, y los que hunden é inutilizan todas las conquistas de las grandes ideas.

LA MURMURACION.

En la teoría darwiniana de la lucha por la existencia, se sostiene que los animales se perpetúan y vienen imponiéndose los más perfectos ó fuertes á los inferiores, es decir, que las razas favorecidas en esa lucha, son las que se conservan y prevalecen. Ese principio, fundado en la observacion, es una verdad en la existencia del hombre, cuyo afan constante es el de luchar con el prógimo para quitarle los medios de que se vale para ganar de comer, y apropiárselos él. ¡Eterna historia de todas las comedias humanas! Y no es ménos cierta semejante afirmacion en lo que pueda referirse á la honra privada y pública de las gentes. Comunmente procuramos deshacer la honra y el mérito de los demás para que resalte y brille nuestro valer. En la lucha por la existencia de la negra honrilla, cada cual procura oscurecer la del prógimo, para que resplandezca la suya.

La fuerza que origina ese trabajo es el egoismo: el aparato de que nos servimos para reali-

zarlo es la lengua, y el trabajo desarrollado se llama murmuracion.

Todo hombre que murmura socaba la tierra sobre que se asienta la víctima de su lengua: los murmuradores son topos, de ruines formas, que trabajan siempre á la sombra de la ausencia del prójimo, y cuyos ojos, ocultos bajo la grosera piel del egoismo, no alcanzan á ver el mérito de nadie; pero distinguen bien claro el punto vulnerable de cuantos tratan, para cebarse en su ruina.

Las mujeres son murmuradoras por naturaleza, porque como son seres que hacen su fortuna por eleccion, procuran sobresalir entre las demás, reduciéndolas á la nada con su terrible arma de pelea, la lengua, para ser ellas solas elegidas. Cuando una mujer en presencia de varias personas murmura de otra mujer, no hace más que presentar su exposicion de méritos, de un modo poco modesto y caritativo.

Una mujer que os diga:—Fulana es una perdida, (y esto se dice á menudo),—es lo mismo que si os dijera:—Prefiérame V. á mí que soy una santa. Así suele entenderse la caridad en el mundo.

Pero los hombres murmurando son infinitamente ménos dignos que las mujeres. Hay muchos, que no tienen más mérito que el que suponen que quitan á sus convecinos. Los murmuradores son como las mujeres públicas, se reunen en grupos en sus tugurios para ejercer su oficio, infame. Y se parecen á ellas en que les importa

poco que su propio honor ande rodando por el suelo. Así como en los tugurios y sus alrededores hay siempre escándalos, en torno á las tertulias de los murmuradores, no hay más que reyertas, disgustos y ódios sin cuento. Es muy difícil encontrar en ellas hombre de cierta altura, de talento reconocido, de varonil entereza; los glotonnes de la honra agena son vulgaridades, cabecillas de vecindad, cobardes hasta lo ridículo.

A todo hombre honrado, de corazón generoso, la murmuración le repugna. La murmuración no es más que el hedor que exhalan las almas podridas. Alrededor de un murmurador huele siempre mal; las gentes dignas le miran con asco, y se aproximan á él con repugnancia.

El vicio es delicioso; hay pocos placeres que causen tanto agrado al hombre pequeño como la murmuración. Su espíritu no brilla más que con los resplandores del horno encendido de su envidia, cuyo fuego alimenta con los despojos de las honras ajenas que despedaza sin cesar. El murmurador es siempre un servil adulator. Es decir, que no solo muerde sino que anda arrastrando, como los reptiles venenosos. Por eso en general no se le desafía ni se le admite en discusión; se le aplasta con el pié.

Cuando más se trata de disimular este vicio con la confianza con que se practica entre las gentes, tanto más infame es. Entre los murmuradores no hay confianza alguna. Ellos mismos son los mayores enemigos, unos de otros.

A las mujeres puede permitirseles el vicio

porque se baten escudadas con su propia debilidad; y porque no tienen, cuando están juntas, más autoridad ni más significacion que las de su gallinero alborotado; pero á los hombres, puesto que tanto contribuye la murmuracion á sembrar odios, y á deshorrar á nuestros semejantes, matando su dignidad personal, no debe consentírseles el vicio. Un murmurador debe ser escupido por todo hombre de bien; una tertulia de murmuradores debe ser señalada por el vecindario como un lugar inmundo; y todo aquel que en algo se aprecie ha de tener muy á ménos el aproximarse á ella.

LA SABIDURÍA.



Mérito sublime cuando se logra por el trabajo es la sabiduría verdad; vicio ridículo cuando se funda en la exagerada opinion que tenemos de nosotros mismos, es la falsa sabiduría que tanto abunda en el mundo.

Apenas podemos dar un paso sin encontrar un sábio. Los sabios que poseen el vicio de la sabiduría son de dos clases: unos que saben que lo son porque así lo dice el público y porque ellos se lo creen; otros que se han encontrado sabios de repente, de la noche á la mañana, sin que nadie lo sepa ni lo confiese, ni mucho ménos, pero que allá en sus adentros se tienen por cosa sublime y grande.

Los primeros, en general, son hombres de carrera retirados en la rutinaria paz de alguna poblacion pequeña, en la que, á consecuencia de algun discursete machacado ó de algun par de articulejos hilvanados á fuerza de sudores, allá en sus tiempos, lograron fama de despiertos y de profundos, callándose despues perpétuamente, obligados por la sequía y esterilidad de su nú-

men. Este silencio forzoso, decorado con la esterilidad de la persona por una seriedad imperturbable, y aliviado en el trato íntimo de sus amigos por una constante y ruin crítica de todo género humano, les dá entre el inconsciente cotarro de la vecindad asombrosa fama de sábios.

Son en su facha graves y cariacontecidos, porque la formalidad exajerada es el sublime remedio á que apelan multitud de nulidades para disimular su pobreza de espíritu, y para mantener incólume su reputacion. Están siempre ocupados en decir que lo están; sin que sobre su bufete ó mesa de trabajo, haya otra cosa que papeleería revuelta, proyectos jamás concluidos, abundante polvo y materiales hacinados por la pereza.

Toda la aureola de su valer está fija en aquellos dias en que fenomenalmente asistidos por un conjunto de inexplicables circunstancias brillaron entre sus convecinos, y creen de veras que habiendo podido entonces honrar su nombre por un momento, podrán volver á hacerlo cuando se les antoje. Y teniendo á su disposicion tal posibilidad, viven satisfechos, en la creencia de que como hombres distinguidos logran la pública admiracion. Así es que con gravedad estudiada, miran como á figurillas de tres al cuarto á los que, merced á su trabajo, se dan á conocer con ventaja; y sintiendo continuamente ofendida su sabiduría por la sombra que sobre ellos proyectan los que algo valen, revuélvense airados, y con aire doctoral y sentencioso clavan en ellos sus venenosos

dientes, convirtiendo las tertulias, en las que como sábios llevan la batuta, en deliciosas carnicerías. Tienen siempre á sus órdenes una cohorte de segundones admiradores, que hacen para ellos el oficio de correveidiles, que aplauden sus ocurrencias, que hacen coro á sus diatribas y despelejamientos, que le imitan en el tono de la voz, y en las actitudes, que le sirven como doguillos falderos, y sostienen esparcida la fama de su sabiduría.

Por el egoista tamiz de su mollera pasan todos los actos y palabras de los demás hombres; y sentencian ex-cátedra, con sus dichos, que tienen toda la autoridad del: «lo dijo Bartolo.» El vecindario confiesa que son sábios estos tipos, y ellos procuran con su seriedad en público y con su lengua en privado, demostrar que el pueblo no se equivoca.

Su sabiduría no resiste el más ligero análisis.

Si son sábios, ¿en qué se les conoce? ¿Brillan en su profesion ó facultad? No, al contrario, ó la tienen abandonada ó son practicones de tercera fila. ¿Han realizado alguna mejora intelectual ó material de conveniencia pública? No; al contrario, se oponen á todo lo que sea de interés general siempre que no salga de su magin doctoral. ¿Dan pruebas de sus conocimientos ó de su ingenio en la prensa? Jamás; lo que sí hacen es encontrar muy malo y detestable todo cuanto se publica. ¿Manifiestan su mérito por medio de la palabra? Nunca; solo la usan para hundir el

buen nombre de los demás y para encaramarse sobre las reputaciones hundidas. ¿Qué hacen, en fin, fuera de su interés personal, para probar su sabiduría? Nada, andar muy serios y morder sin tino.

Pasa el tiempo y los años le hacen justicia; la juventud al acercarse al ídolo de la vecindad para admirarla, no encuentra más que un tipo extravagante, que no deja en pos de sí ningún bien que merezca agradecerse. A los ocho días de muerto un sábio de estos, que tanto y tanto abundan, nadie se acuerda de él, ni los pueblos en que han vivido conservan la más leve señal de su paso por ellos. ¿Qué clase de sabiduría es la de los hombres serios? Bufa.

El sábio de repente, y cuyo mérito no es conocido de nadie más que de él mismo, es ese hombre satisfecho de su valer que dice á menudo: «¡Oh, tengo yo un ojo!» «¡Como á mí se me ponga una cosa en la cabeza!»; y abunda por todas partes, y entre todas las clases sociales.

«Conoció un día que tenía buen ojo, y que se le ponían cosas en la cabeza,» y se quedó tan satisfecho y tan orondo como si se hubiera graduado de doctor en siete facultades. Cree de su exclusiva propiedad ese don natural de la sabiduría espontánea, y por consiguiente, se considera superior á los demás. En los asuntos y negocios árdulos re-trata á todo prójimo con con quien trata, diciendo: «es un pobre hombre, muy de bien, pero con poco de aquí;» y se lleva la mano á aquella frente donde sospecha que se le suelen poner las cosas.

Cree que la modestia de sus semejantes es incapacidad ó hipocresía, y no vacila en olvidar la suya, siempre que la sabiduría se ha de poner eu relieve.

El mayor placer que recibe es el de oír, á alguno de sus amigos, decir refiriéndose á él: «¡oh, es un tío muy largo!» y si ninguno confiesa semejante cualidad, se le oye exclamar con aire de compasion: «¡hay mucho bárbaro en el mundo!»

Tambien este sábio es sério; no parece sino que la suma ciencia de conocerlo y explicarlo todo, está reñida con la jovialidad, la modestia y el cariño. Por esto, sin duda, á fuerza de observaciones diarias, el mundo se ha convencido de que todo sábio sério es un sábio de pega; ya que lo primero que debe saberse es que sabemos poco, y que ni el trato, ni en el aspecto, ni el corazon, ni en la palabra, la más sublime sabiduría debe hacer que un hombre se quiera sobreponer á los demás, convirtiéndose de sencillo y afable vecino en ridículo dómine con instintos de perro mastín.

Tan cierto es esto, que no se hallará nunca un hombre que en justicia merezca el título de sábio que no sea modesto, cariñoso y bueno. La verdadera sabiduría obra á un tiempo sobre el cerebro y sobre el corazon, educando á ambos, y elevándolos á la posible perfectibilidad. ¿Qué educacion, qué perfeccion hay en el hombre hinchado de apretada y ridícula ciencia, que con la gravedad del asno, contempla altanero á sus semejantes, y que no emplea sus conocimientos más que en

el egoísta beneficio de ájenos daños? Ninguna.

Este vicio está en baja, pues á medida que asciende el nivel de la pública cultura, y cuantas mayores conquistas hace la propaganda intelectual, menor es el número de sábios... de pega. La ilustracion de los más, concluirá con la tiranía populachera de los sábios de vecindad.



FIN.

OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA MISMA CASA.

- ESTUDIOS sobre filosofía, por G. Tiberghien, traducción de A. García Moreno: un tomo en 8.º mayor, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.
- HISTORIA del derecho penal de España, por Mr. Alberto DuBoys, antiguo magistrado. Versión al castellano anotada y adicionada con apéndices, por D. José Vicente y Caravantes: un tomo en 8.º mayor, 20 y 24 rs.
- LOS MANDAMIENTOS de la humanidad ó la vida moral en forma de catecismo, según Krause, por G. Tiberghien, profesor de la Universidad libre de Bruselas, traducida por Alejo García Moreno: un tomo 10 y 12 rs.
- MANUAL del derecho romano ó explicaciones de las instituciones de Justiniano, por M. E. Lagrange, obra traducida y adicionada con nuevas notas y apéndices en vista de las principales obras del Derecho romano por D. José Vicente Caravantes: un tomo en 8.º mayor, 24 y 26 rs.
- ORACIONES escogidas de Demóstenes con los juicios de varios escritores antiguos y modernos sobre Demóstenes y sus obras, traducida por Arcadio Roda: un tomo 14 y 16 rs.
- PRINCIPIOS metafísicos del Derecho, por Kant, traducidos por D. G. Lizárraga: un tomo en 8.º 8 y 10 rs.
- LOS ANTEPASADOS DE ADÁN, historia del hombre fósil, traducción de A. García Moreno: un tomo en 8.º 10 y 12 rs.
- ALMANAQUE ilustrado del *Huracán* de los años 1876, 77 y 78, con 51 grabados; 4 rs. cada año en toda España.
- EL QUIJOTE DE LOS SIGLOS, novela original de D. Enrique Ceballos Quintana, 4 rs. en toda España.
- LA CIENCIA DE LA RELIGION, traducción de A. García Moreno: un tomo en 8.º, 8 y 10 rs.

LA MATERNIDAD ó consejos para que la mujer conciba, conserve y crie el fruto de su amor lícito, etc., etc., 6 rs.

OBRAS DE RICARDO BECERRO.

EL LIBRO DE ALAVA, descripción, historia y fueros; un tomo en 4.º, 16 rs.

EL LIBRO DE PALENCIA, descripción é historia ilustradas con plano y dibujos, en 4.º, 12 rs.

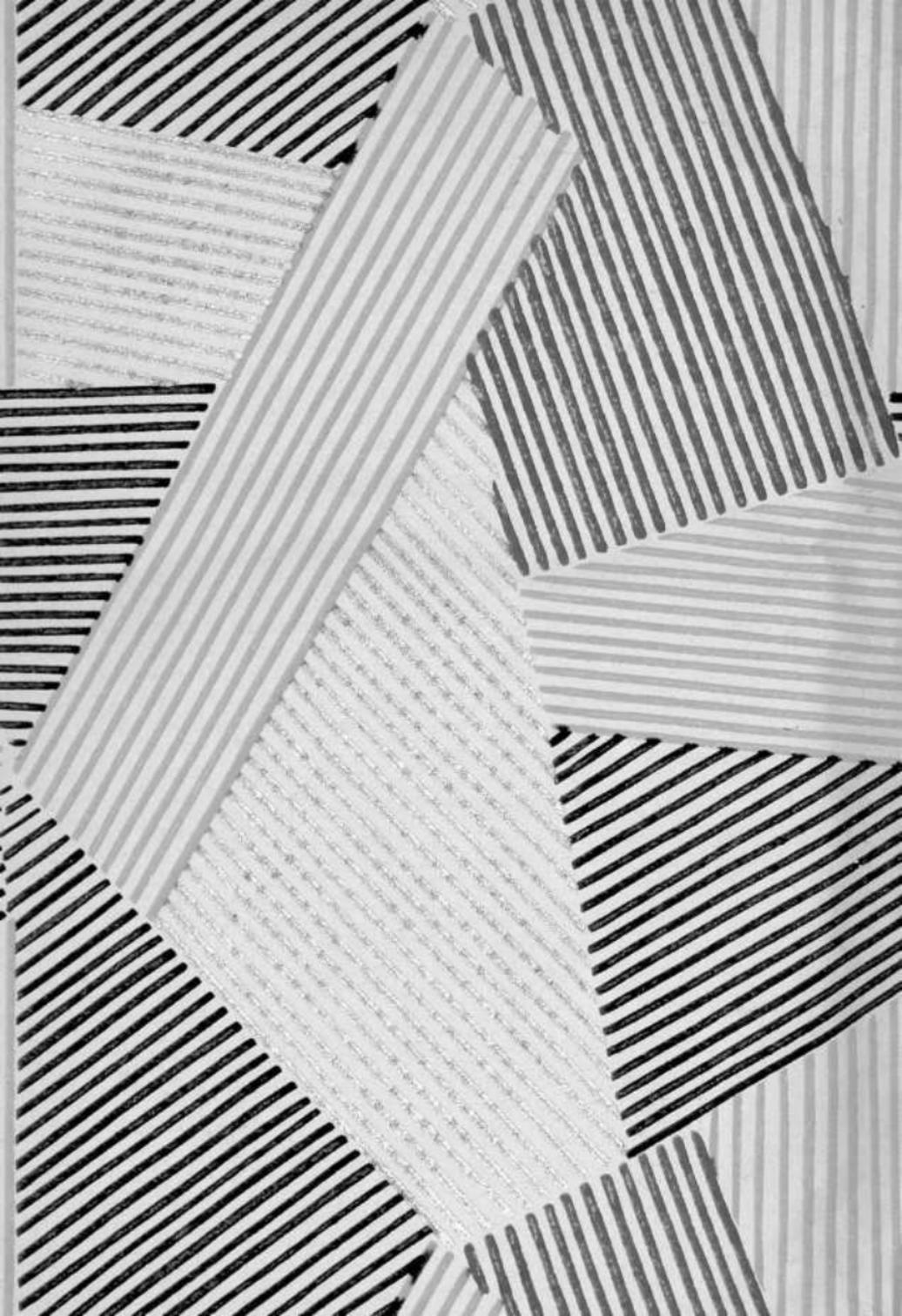
ESTUDIOS FÍSICOS SOBRE EL SOL, un folleto, 4 rs.

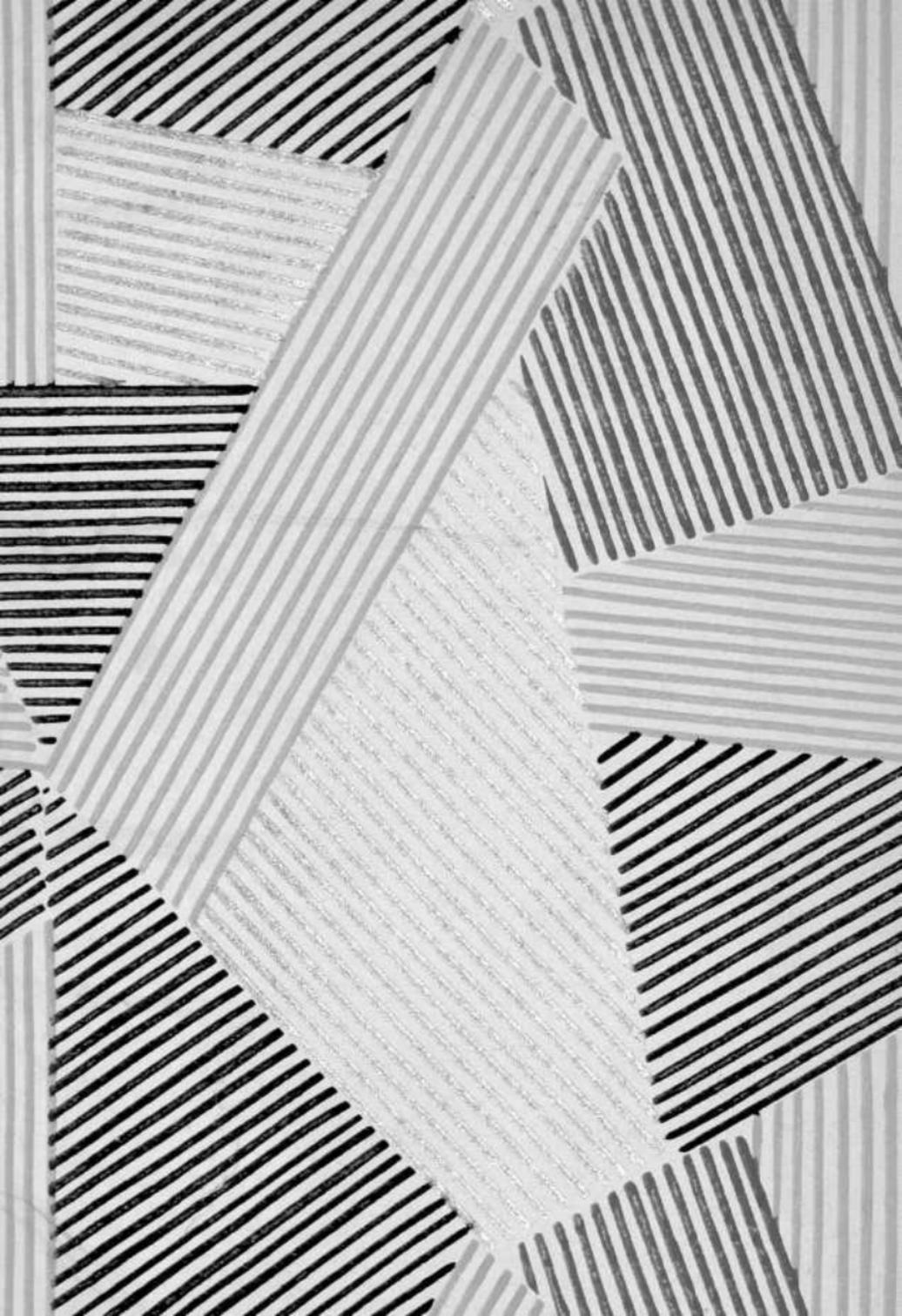
PRÓXIMAS Á PUBLICARSE.

HISTORIAS INCREIBLES: (¿Por qué nos morimos?—Mi Maestro Magin.—El recién nacido de 170 años.—Vinos minerales.—La peste negra.—El último invento.—El escribientillo.—Similia Similibus.—Los buhos de la Puebla.—Dos veces muerto.)

ESCURSIONES ARQUEOLÓGICAS (Roncesvalles.—Estivaliz, Armentia, Iruña, Husillos, Carrion, Medina, Valladolid, Palencia, Leon.)









BECERRO
—
LOS
VIGIOSOS

130

G 39735